

forma de embudo que abre en el límite del bosque entre la yerba, y que se asemejan á los del tejon, solo que son un poco mas anchos, no cabiendo duda que los hace como este con las patas delanteras y no con la nariz.

Durante el día descansan los surillos al igual del veso en sus madrigueras subterráneas, debajo de rocas ó de raíces, y salen al oscurecer en busca de alimento que parece consiste exclusivamente en escarabajos peloteros; por lo menos nunca he encontrado otra cosa en su estómago.

LA CHINGA—MEPHITIS VARIANS

CARACTÉRES.—La Chinga (*Mephitis varians*; *M. macroura*, *mesomelas*, *occidentalis*, *mephítica*, *chinga*, *americana*, *hudsonica*, *mexicana*, *Viverra mephitis*, etc.) representa al surillo en el norte de América y al subgénero *Mephitis*, cuyo sistema dentario consta de treinta y cuatro dientes. La longitud de su cuerpo es de 0^m,40 y otro tanto la de la cola. El color fundamental de su lustroso pelaje es negro. Desde la nariz pasa una lista sencilla, estrecha y blanca entre ambos ojos, se ensancha en la frente formando una mancha, va ensanchándose mas todavía en el cuello y se divide en la cruz en dos listas anchas que se prolongan hasta el extremo de la cola donde vuelven á reunirse. En el cuello, en la espaldilla, en la parte exterior de las piernas, y en algunos casos tambien en el pecho y vientre tiene manchitas blancas. El pelaje de la cola es una mezcla irregular de negro y de blanco, cuando no presenta dos listas anchas y blancas longitudinales (fig. 291).

Hace mucho tiempo que se conoce la chinga á causa de que ofende cruelmente uno de nuestros sentidos mas sensibles, por cuyo motivo aun hoy se la menciona en todas las descripciones de viaje.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Su área de dispersion es muy dilatada, pero es mas frecuente en las inmediaciones de la Bahía de Hudson, desde donde se extiende hácia el sud.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La chinga habita países elevados, especialmente bosques y matorrales á lo largo de las orillas de los ríos ó terrenos peñascosos donde se guarece en las grietas y cuevas.

Kalm, el primero que dió una descripción completa de este animal, se expresa en estos términos: «La mofeta-chinga es bien conocida por sus propiedades: perseguida por el hombre ó por el perro, huye con toda la ligereza de sus piernas ó trepa rápidamente á un árbol, y si no encuentra donde refugiarse, quédale todavía el medio de librarse de sus enemigos rociándolos con su orina, á bastante distancia. Algunas personas me han contado que les alcanzó el líquido á seis metros; tiene un olor tan desagradable, que si alguno se halla cerca del animal en aquel momento, apenas puede respirar y teme asfixiarse. Cuando esta sustancia pestilente alcanza á los ojos, se corre el riesgo de perder la vista, y nunca se puede quitar el olor de las ropas que han sido impregnadas una vez.

»Muchos perros rehusan perseguir la mofeta luego que los alcanza el chorro; pero los de buena raza no abandonan la pista hasta que consiguen matar al animal, si bien tienen luego buen cuidado de frotar el hocico contra la tierra para librarse del hedor que les ha comunicado.

»En las prendas de vestir se conserva este olor mas de un mes, aunque se puede desterrar en parte si se tiene cuidado de cubrir los objetos con tierra por espacio de veinticuatro horas. Tambien se deben frotar las manos y la cara con tierra durante una hora, lo menos, pues no es posible quitar el olor solo con los lavatorios. Cuando á un hombre le ha

tocado este líquido y quiere entrar en una casa para que le den agua, le cierran la puerta y se alejan de él, y tampoco se deja entrar á los perros. Todo aquel que viaje por el bosque debe llevar tapada la nariz durante mucho tiempo, si el animal ha vertido cerca del lugar por donde pasa la fétida sustancia. Dormía yo cierto día en una granja donde se hallaba un cordero muerto en el patio; aceróse una mofeta y obligó al perro á huir; pero de repente se esparció tal olor que temí ahogarme, y hasta las mismas vacas comenzaron á mugir con fuerza. La cocinera de la casa observó una vez que todos los días faltaba carne de la cueva, y creyendo fuesen los gatos cerró todas las salidas á fin de evitar que entrasen; mas á la noche siguiente, oyó ruido y bajó al momento. Los ojos de la mofeta ladróna brillaban en la oscuridad y parecía que el animal la aguardaba. La criada se armó de valor y matólo, pero de repente se esparció un hedor tan horrible que esta contrajo una enfermedad que le duró varios días. Acto continuo fué necesario arrojar todos los víveres que se hallaban en la bodega.»

La mofeta conoce el poder de tan eficaz medio de defensa, contribuyendo esto sin duda á que no sea temerosa. Se mueve con lentitud; no salta ni trepa; va siempre trotando, y cuando anda apoya en el suelo toda la planta del pié, arquea el lomo y arrastra la cola. Registra todos los rincones, olfateando con la esperanza de encontrar algo de comer; y si divisa á un hombre, se detiene, levanta la cola y expele su líquido.

«Cuando los perros la paran, pone la cola como las ardillas sentadas, dice Hensel; vuelve la parte posterior hácia los perros que se acercan, y salta y brinca de un modo muy extraño, pero furiosa; movimientos que se asemejan á los que hacen los osos en las jaulas. Los perros saben muy bien cuál es el arma peligrosa de su adversario y se mantienen á debida distancia, salvo muy pocos que tienen el valor de arrojarse sobre la chinga y de matarla: entre los perros de Hensel solo había uno que se abalanzaba sobre cualquiera de ellas sin reparar en nada. Nunca gasta este animal su líquido con precipitación y se limita solo á amenazar mientras los perros se mantienen á algunos pasos de distancia, pero al momento que uno se le acerca demasiado, aprieta el recto fuera del ano pelado para que los orificios de las glándulas se descubran y entonces arroja su contenido al enemigo.

A veces es la chinga quien ataca sin que medie provocación alguna, quizás porque se cree en peligro, ó tambien por pura soberbia.

«Paseándose un día mi hijo por el campo, cuenta Siedhof, apareciósele una mofeta y le mordió los pantalones; costóle trabajo desembarazarse de ella, pero la mató al fin á patadas. Al volver á casa exhalaban sus ropas un olor tan fuerte y repugnante de ajo, que la apesó toda; las personas que habían venido á visitarme aquel día, huyeron apresuradamente, y los de la casa comenzaron á vomitar. Todas las fumigaciones, toda la ventilación que se dió, no sirvieron para nada, y al cabo de treinta días quedaban aun los vestigios de aquel hedor insoportable. A los cuatro meses despedían el mismo olor las botas de mi hijo cuando se calentaban, á pesar de haberlas ahumado y lavado con agua de cloro. Esto sucedía en diciembre; el animal fué enterrado en el jardín; y en el mes de agosto siguiente se reconocía el sitio donde se puso por el olor mofítico que exhalaba.»

Audubon pudo observar por sí mismo cuán desagradable es la mofeta. «Este animal, dice, tan gracioso é inocente al parecer, es capaz de poner en fuga al hombre mas valentón; algo de esto me sucedió á mí siendo aun niño. Cierta tarde en que el sol había desaparecido ya del horizonte, paseábame con algunos compañeros, cuando vimos un animalito tan

lindo como gracioso, que andaba muy despacio, deteniéndose á veces para mirarnos, como si fuera un antiguo amigo y quisiera seguirnos. Parecía ser muy candoroso y seductor y levantaba su poblada cola, cual si deseara que le cogiéramos en brazos; á mí me sedujo su aspecto; quise cogerle y... ¡zas! me arroja su líquido infernal inundándome con él ojos, nariz y boca. Como herido del rayo dejé caer el monstruo y emprendí la fuga poseído de una ansia mortal.»

Frebel oyó un día ruido detrás de sí; volviése con ligereza y vió una mofeta, animal que no conocía aun; esta comenzó á gruñir, escarbando la tierra con sus patas, y le roció la ropa, la cara y el cabello con su asqueroso líquido en el momento en que le vió empuñar el bastón. Ciego de cólera, Frebel mató al animal y quiso entrar corriendo en la casa; pero todos se aterraron, cerráronle la puerta y se parlamentó con él por la ventana para indicarle lo que debía hacer. El agua, el jabón y las esencias no sirvieron de nada; encendiése un gran fuego, y el infeliz viajero se puso la ropa que le prestó un colono, mientras se practicaban con la suya las necesarias fumigaciones. La operación duró varias horas, y al fin se pudo quitar el olor.

Cierto día que pasaba una chinga por un vallado, asustóse al oír el ruido de un coche, contra el cual lanzó su repugnante líquido; y como casualmente estuvieran las ventanillas abiertas, penetró una parte de él en el interior del vehículo, difundiendo un olor tal, que varias señoras se desmayaron.

Las mofetas de la América del sur no les van en zaga á las del norte: Azara encontró una en el Paraguay, donde las dan el nombre de *Yaguare*, ó lo que es lo mismo, *perro pestilente*. Dice que cuando se hallan en libertad comen insectos, huevos y pájaros, buscando su alimento así de día como de noche; que andan por los campos, sin huir cuando se acerca alguno y sin cuidarse al parecer de nadie; pero si se las persigue, se recogen, se hinchan, enderezan la cola sobre el lomo y disparan su líquido.

La ropa impregnada que se había lavado veinte veces llenaba todavía toda la casa de hedor. Un perro que fué rociado hacia ya ocho días, y al que se bañó mas de veinte veces, sin contar las que le habían frotado con arena, infectó una choza de tal manera que no se pudo permanecer en ella. Azara cree que este hedor se percibe á la distancia de media milla inglesa.

«El olor de esta sustancia pestilente, dice Hensel al hablar del surillo, es en extremo fuerte y penetrante, pero á veces han exagerado su intensidad, porque no es literalmente insoportable. Ciertamente causa dolor de cabeza y náuseas á muchas personas cuando la mofeta vacía sus glándulas anaes cerca de ellas, pero el zoólogo no dejará por eso de cazar y coleccionar animales tan notables. Los perros rociados con este líquido escarban la tierra y se revuelcan como locos para librarse del olor que se impregna en su pelaje. El primer surillo que obtuve fué muerto por mi criado, que no conocía el animal, una noche de luna; sus botas se rociaron un poco con la sustancia pestilente, y á pesar de llevarlas siempre y de lavarlas repetidas veces, exhalaban un fatal olor todavía al cabo de mucho tiempo. Seis semanas despues de haber ocurrido el lance fué á visitar á un conocido en cuya casa encontró una reunión numerosa. Durante la conversacion, uno de los presentes comenzó á oler debajo de la mesa, y dijo al amo de la casa que á la fuerza debía hallarse debajo del suelo un surillo, que acaso había hecho allí su nido; todos se convencieron de lo que el otro decía y resolvieron cazar en el acto al fatal intruso. Al oír esto, despidióse mi criado pretextando que tenía prisa, montó á caballo y se vino á casa.

»Un alemán, hijo de América, que casualmente nunca había tenido ocasion de ver una mofeta, encontró una al oscu-

recer, tomola por una zorra jóven, y bajó del caballo para cogerla por lo mansa que le parecía; efectivamente, el animal se dejó coger muy tranquilamente, pero en el momento en que el hombre le puso las manos encima, arrojóle el surillo todo el contenido de sus glándulas fétidas al pecho, manchando la camisa y el chaleco. Poseído de espanto dejó caer animal tan peligroso, saltó sobre el caballo y alejóse á rienda suelta, esperando disminuir algo el terrible efecto de la sustancia mofítica con la corriente de aire; pero no pudo resistirlo, y mientras que el caballo corria á mas no poder, el hombre se iba quitando la ropa en cuanto podia; de modo que llegó á su casa medio desnudo.

»En el paño es donde se adhiere el hedor pestilente con mayor fuerza, y para limpiarlo es menester colgarlo en la chimenea donde le dé el humo. Es probable que no sea el humo sino el calor del fuego lo que evapora una materia tan sutil.

»El olor de esta secreción no puede describirse, como sucede con todas las percepciones de los sentidos; para formarse una idea, podemos figurarnos el hedor del veso, pero cuadruplicada su fuerza. El animal no despidе olor alguno cuando no se le irrita.»

Ignórase si las mofetas surillos se rocian mutuamente, pero sería importante averiguar lo que hay de cierto sobre este punto. Se sabe que no incomodan al animal los olores que exhala, y aun es posible que le halaguen, mas á pesar de esto, podría muy bien ser que un surillo macho se espantara de una hembra esquiva, si esta le arroja una buena descarga de su terrible líquido.

CAUTIVIDAD.—Cuando se hallan cautivas, no vacian las mofetas sus glándulas, sin duda porque se tiene cuidado de no irritarlas. Domésticanse muy pronto; se acostumbran hasta cierto punto á su guardian, mas al principio no se acercan nunca sino andando hácia atrás, con la cola levantada y dispuestas á lanzar su líquido. Solo pegándolas ó asustándolas se consigue que hagan uso de su arma defensiva. Algunas se dejan manosear sin ninguna dificultad. Para dormir prefieren el heno. Forman un lecho y se echan enroscadas; despues de comer se limpian el hocico con sus patas anteriores, pues se distinguen por su extremada limpieza; y no depositan nunca sus excrementos donde duermen. Se alimentan de carne, prefiriendo sobre todo los pájaros; con frecuencia comen mas de los que pueden digerir y vomitan; pero á semejanza de los perros, se comen luego lo que arrojaron. Si están bien alimentadas duermen todo el día, sin despertarse hasta por la tarde, aunque tengan hambre.

USOS Y PRODUCTOS.—A pesar de su pestilencia, no deja de utilizarse este animal: los indios hacen con la piel bonitos cobertores, muy suaves, pero de un olor insoportable. Para apoderarse del animal y quitarle la fétida sustancia, emplean un procedimiento particular: acércanse á la mofeta provistos de una larga percha, la irritan y la obligan á vaciar su glándula varias veces; despues se arrojan sobre ella y la cogen por la cola, en cuya posición no puede ya el animal defenderse. Un solo golpe en el hocico basta para matarla, y acto continuo se le quita la glándula, pudiendo ya los indios comer la carne.

Los blancos utilizan de la mofeta la parte mas asquerosa, es decir, su líquido, que lo emplean, lo mismo que nuestras damas los perfumes, para fortificarse los nervios. En América hay mas credulidad que en Europa; todos están persuadidos allí de que este líquido pestilente, aspirado por la nariz, es un remedio soberano, y sobre todo un específico contra la jaqueca. Fácil es comprender cuántas molestias puede producir esto en sociedad: cuéntase que un sacerdote sacó un frasco de mofeta mientras predicaba, solo para darse tono; pero irritó de tal manera los nervios olfatorios de sus oyentes,

que estos se precipitaron al momento en tumulto fuera del templo.

Segun Azara, los europeos establecidos en América pretenden tambien que el mejor remedio para el dolor de costado es tomar una pequeña cantidad de hígado de mofeta, secado á la sombra y reducido á polvo. Creen asimismo que este polvo, mezclado con vino ó caldo, es el mejor sudorífico que se conoce.

LAS ZORRILLAS — RHABDOGALE

CARACTÉRES.—El representante del surillo en la fauna del Africa es la *zorrilla ó veso rayado*, como le llama Brehm; es un animal muy afine del anterior, tanto por la forma como por su aspecto general, solo que por su dentadura, que consiste



Fig. 292.—LA ZORRILLA

Viverra y Zorrilla striata, Zorrilla capensis y leucomelas, Ictonyx capensis, etc.) La longitud del cuerpo, oblongo aunque no muy esbelto, es de 0^m,35 y la cola de 0^m,25. Tiene la cabeza ancha, hocico prolongado á manera de trompa, orejas cortas y redondas, ojos medianamente grandes, con pupila oblonga; piernas cortas, patas anteriores con fuertes uñas, bastante largas pero embotadas; cola larga y poblada, y todo el pelaje espeso y largo. El color predominante es negro lustroso, con diferentes manchas y listas blancas variables. Entre los ojos hay una mancha blanca y estrecha, y otra pasa desde los ojos á las orejas; á veces se reúnen y forman entonces en la frente una sola faja, terminada en punta hácia el hocico. Los labios tienen frecuentemente el borde blanco. El dibujo de la parte superior del cuerpo es muy variado, aunque se observa siempre cierta regularidad: algunos individuos presentan una faja trasversal, ancha y blanca que pasa por el occipucio y de la cual arrancan cuatro listas longitudinales separadas por otros tres espacios negros que, recorriendo el lomo, se ensanchan en medio del cuerpo. En el nacimiento de la cola se reúnen las dos listas blancas exteriores y sepáranse despues en ambos lados de aquella. Otras tienen toda la cabeza, la nuca y hasta una parte del lomo blancos, naciendo solo en la cruz tres listas oscuras que continúan en los lados de la cola; esta última puede presentar manchas ó listas longitudinales.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La zorrilla variada

en 34 dientes, se asemeja mas á las martas que á las mofetas, y tiene las plantas cubiertas de pelo. El tubérculo interior del diente carnívero es oblongo y saliente. Las raíces de las puntas cónicas y bajas de los falsos molares se distinguen por su volúmen. En cuanto á la estructura del esqueleto, resulta que las zorrillas representan el tránsito entre las martas y las mofetas, y por su género de vida se parecen mas á las primeras.

LA ZORRILLA—RHABDOGALE MUSTELINA

CARACTÉRES.—La única especie del género que ha podido determinarse con seguridad es la *zorrilla*, el «perro ratonero» de los colonos del Cabo de Buena Esperanza (*Rhabdogale mustelina, Viverra, Mustela y Putorius Zorrilla*,

se encuentra en toda el Africa, y tambien se ha extendido por el Istmo de Suez, en el Asia Menor. Se la ha visto igualmente hasta cerca de Constantinopla, en la orilla asiática del Bósforo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habita con preferencia en los terrenos pedregosos y vive en las cavernas ó en madrigueras, que construye ella misma en los bosques ó en los matorrales.

Como es un animal nocturno, rara vez se ha tenido oportunidad de observarle en su estado natural. Durante mi permanencia en Africa, he oido hablar á menudo del *Padre de la pestilencia*, pero nunca le he visto. Todo cuanto me han dicho de él concuerda perfectamente con la descripción de Kolbe, el primero que ha descrito este animal.

La zorrilla se alimenta de mamíferos pequeños, especialmente de ratones, de pajarillos, huevos de reptiles é insectos. Con frecuencia se desliza en las granjas y ocasiona grandes destrozos en los corrales.

Sus movimientos no se parecen á los de las martas; es menos ágil y anda con tanta lentitud como las mofetas; no trepa y tiene miedo al agua, aunque sabe nadar muy bien. El producto de sus glándulas anales es tambien para ella un arma defensiva. «Si se encuentra en un campo ó en una pradera, dice Kolbe, y si la persigue un perro ú otro animal, inunda á su perseguidor con un líquido tan infecto, que le obliga á detenerse para frotarse el hocico contra la tierra ó contra un

árbol. Cuando su adversario vuelve á la carga, contesta con una nueva emision, consistiendo en esto toda su defensa. Si el cazador coge una zorrilla muerta con la mano, se le comunica un olor tan penetrante, que no puede quitárselo ni aun lavándose con jabon. Por esto mismo le abandona el hombre cuando le ha matado: el que una vez percibe semejante hedor se aleja presuroso de este animal, guardándose muy bien de molestarle.»

Los machos de esta especie, y los de las mofetas, son los que tienen la sustancia mas infecta, particularmente en el periodo del celo. Acaso sea agradable para la hembra este olor que nos repugna tanto.

Nada se sabe acerca de la reproduccion de la zorrilla.

CAUTIVIDAD.—Hay en el cabo de Buena Esperanza algunos colonos holandeses que domestican las zorrillas y las tienen en sus casas para cazar las ratas y ratones; pero nunca se amansan mucho, y son siempre insensibles á las caricias y buenos tratamientos. La multitud de nombres que la zorrilla tiene designan en todos los respectivos idiomas su calidad de pestífera.

LOS TEJONES—MELINA

CARACTÉRES.—En honor de nuestro tejon damos al



Fig. 293.—EL RATEL DEL CABO

último grupo ó sub-familia de los mustélidos el nombre de *tejones (Melina)*, reuniendo en la misma los animales mas rechonchos y torpes de toda la familia; representan en cierto modo las especies de tránsito entre los mustélidos y los ursídeos, entre las martas y los osos.

Sus caracteres consisten en tener la cabeza pequeña, ancha por detrás y prolongada hácia el hocico como en forma de trompa; ojos pequeños y hundidos; orejas oblongas, mas ó menos cortas; cuello grueso; piés cortos, de planta pelada, con cinco dedos cortos provistos de uñas propias para escarbar, bastante largas; la cola es mas corta que la cabeza, y el pelaje corto y basto, de color negro en el fondo y en la parte inferior, y gris en las extremidades. El sistema dentario consiste en 32 ó 38 dientes, distribuidos regularmente como sigue: seis incisivos y un colmillo en ambas mandíbulas; tres falsos molares, de los cuales puede faltar uno en cada cual de aquellas, y hasta dos en la superior; además hay dos molares superiores é inferiores. El cráneo y demás partes del esqueleto son relativamente sólidos, como corresponde al aspecto del animal. Tambien tienen los tejones su bolsa

glandular al lado del ano, que en algunas especies segrega una sustancia pestilente.

LOS RATELES—MELLIVORA

CARACTERES.—El primer género está representado por los *rateles* ó tejones melívoros (*Mellivora*), que son las especies de la familia que tienen el lomo mas ancho y el hocico y la cola mas largos; difieren de las demás por su dentadura de 32 dientes, distribuidos en la proporcion indicada de incisivos, caninos, con solo tres falsos molares y un molar en cada mandíbula, cuyo diente, de tubérculo superior, es trasversal á manera de liston, faltando del todo el inferior. El cuerpo es mas informe que el de nuestro tejon y de sus congéneres mas afines, y hasta parece algo comprimido en sentido vertical; el lomo es ancho y aplanado; el hocico largo; las conchas de las orejas, muy pequeñas, sobresalen poco del pelaje; los ojos son pequeños y hundidos; las piernas cortas y robustas, y los dedos están provistos de uñas largas propias para escarbar.